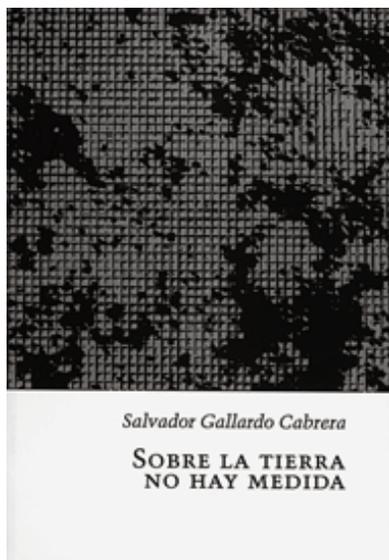


Salvador Gallardo Cabrera

Sobre la tierra no hay medida

Andrés Téllez Parra



“El espacio reina. Una onda aérea resbala sobre las superficies, se impregna de sus emanaciones, las define y moldea propagándolas como un perfume, como un eco sobre los alrededores de polvo imponderable”, lee una voz en *offal* inicio de *Pierrot el loco*, de Jean-Luc Godard. El espacio, afirma Salvador Gallardo, constituía el afuera de la filosofía; el espacio, sin embargo, desapareció de los discursos filosóficos a partir del siglo xvii. ¿Cómo, a partir de esta categoría olvidada, *abrir* el cerco del discurso filosófico replegado sobre sí mismo? ¿Cómo pensar el espacio no como medida sino como *campo de intervención*? Desde el pliegue espacial que forma una isla, un desierto y un bucle en el mar, Gallardo ensaya la morfología de estos tres espacios.

El recorrido inicia en las islas. La circun-n a vegación de satélites artificiales, como el Sputnik, alrededor del planeta da pie al

autor para afirmar que la tierra se ha convertido en una isla. El cielo como límite de lo mensurable, el hombre como medida de todas las cosas, las medidas precisas y absolutas de todo lo contenido bajo el firmamento pierden los claros contornos y se difuminan: “las islas son espacios de prueba con un afuera”: lo que impera es el movimiento, el acontecimiento, la convergencia de trayectorias. Las islas irrumpen. Las islas también han representado en el imaginario el espacio que colmaría un vacío: más allá de las cartografías de lo conocido habría islas acechando la representación de lo mensurable (y sosteniéndolo).

La narración del ensayo avanza de forma discontinua, como bordeando una especie de límite imaginario —la isla que es la propia escritura—, y en ese rodeo se aborda lo que el autor denomina la “apariencia lógica”: la reconstrucción del mundo desde el cálculo estratégico de la mecánica que sustenta el “absolutismo de los cuerpos; toda una estrategia de representación lógica de los espacios”. Un mundo así reconstruido se transforma en el de la apariencia lógica, donde se sustituye el devenir, el movimiento, por la postulación de una supuesta conexión lógica y orden de las cosas existentes, en donde imperarían relaciones mecánicas. Pero el espacio así constituido, la geografía mensurable, no es inocente, tiene una función de dominio: son las islas del estratega. “Detrás de la modernidad occidental está la guerra y la exigencia de una representación cartográfica exacta y unitaria a la vez”.

Escribir, dice el autor, es aparecer en una isla. La escritura también se juega con un afuera. El lenguaje también se despliega en el espacio y se articula con él. En el desarrollo de este tema hay varias paradas: el contraste de la concepción de Foucault —en

términos de la predominancia del espacio a partir del siglo xx— con la escritura de dos robinsones: el de Defoe y el de Elizondo; las experimentaciones del poeta Orsval en el sentido de empezar a liberar al lenguaje de la representación; las preguntas de Samuel Beckett que sirven como índices para marcar posiciones, entre otras. El interés de este apartado y del recorrido a través de la forma isla es remarcar su posibilidad intrínseca de apertura: “Si la nueva constelación de satélites artificiales pliega la tierra hasta convertirla en isla usando como palanca el cielo, una isla corta el mar y lo despliega: lo despierta de su pura interioridad, transformando su línea flotante, sin contorno, en fruto abierto”.

La segunda parte del ensayo nos ubica en los desiertos, y la escritura gira en torno a la pregunta “¿cómo se experimenta con uno mismo para conectar con otros devenires o para salir de puntos muertos?”. La atención se centra en el camino como movimiento, como migración, como aprendizaje, como articulación: como transformación. El desafío: resistir a los poderes de control a partir de la experimentación con uno mismo, abrazar el cambio bajo el horizonte de la vida compartida como generación de espacios que posibiliten otros procesos de subjetivación.

“Los que parten siempre dicen la verdad”. Gallardo narra la historia de un pueblo que abandona su condición nómada para optar por el sedentarismo, y en ese establecimiento pierde su capacidad de volver atrás, las huellas de la marcha han sido borradas y la armonía con la divinidad está rota: “toda historia comienza con una estrategia de olvido”. El intento de los mexicas por remontar el camino que los llevara hasta su origen no está imposibilitado tan sólo

por la pérdida de todo trazo, de toda marca: “Quien hace el camino al pasado no es el mismo que lo inició ni aun cuando lleve un registro”, el pasado, en este sentido, no es sólo un tiempo distinto, es también un espacio modificado. El paso de quien ha olvidado el movimiento, el vaivén incansable de los pies sobre una tierra en perpetuo cambio, se vuelve pesado y torpe: ya se han acostumbrado a las trayectorias fijas y estables; el espacio difuso los abisma.

El autor aborda otra peculiar forma del olvido. El hombre moderno se enfrenta a la paradoja de tornar su memoria en ausencia a medida que aumenta la memoria artificial. Esta aparente superación del olvido tiene como consecuencia la obsolescencia de los recuerdos propios, pero también la eliminación del azar, de la selección, de la discriminación natural y necesaria que se da en todo proceso de recordar y consecuentemente olvidar. Bajo el modelo de la informática que procura almacenar la mayor cantidad posible de información en el menor espacio, la memoria se constituye en función de la producción. Sin embargo, el mayor riesgo que se corre en la cultura del flujo de datos es vernos imposibilitados para actuar, para constituirnos a nosotros mismos, pero también la inminente producción de millones de Funes más bien siniestros: llevando sí un registro de todos los acontecimientos, pero habitados por una memoria ausente.

Viajeros, nómadas y vagabundos: Kerouac, el mítico pueblo de los hiperbóreos o los chichimecas, animales que migran y en su desplazarse mutan, el desierto como laberinto todo el tiempo mudando la disposición de su espacio: variaciones sobre un tema, reiteraciones desde otras tonalidades, aproximaciones desde otros derroteros: todo sirve, lo importante es poner de relieve el movimiento, el cambio, la mudanza; lo importante es desplazar cualquier tentativa de fijeza (“Así es y no hay más

que gorriones volando para desaparecer al instante. Nada más; ninguna permanencia que nos salve de migrar de los lugares muertos ni que nos asegure la dirección de los encuentros”); lo importante es conectar siempre con algo afuera de uno mismo (“Se empuja hacia afuera, no se cava en uno mismo. Se busca un manantial, no un pozo”); lo importante es, sobre todo, *desertar* la divisa occidental que proclama al hombre como medida de todas las cosas; en suma, lo importante es “que la tierra continúe sin medida alguna”.

“La gran máxima política del mar dice que éste nunca es el mismo, en la forma de límite extremo de la tierra o espacio estriado diagonalmente, sino lo que resta del orden en un mundo totalmente inundado. De ahí la intensa artificialidad de los usos marítimos, los océanos reglamentados y humanizados”. El mar es el último punto del recorrido del ensayo. En él predominan dos temas que se enlazan íntimamente: la política y la representación rota en la modernidad. En primer lugar, el autor, siguiendo a Heidegger, da cuenta del tránsito, en la modernidad, a la “edad de la imagen del mundo”: a partir de Descartes lo real deja de ser lo que aparece para convertirse en la mera objetivación del representar. En este viraje también se constituye el sujeto pues se convierte en el punto de referencia de lo real; el mundo deviene imagen: lo existente se manifiesta en tanto hay un sujeto que lo representa. Sin embargo, esta representación así entendida sufrirá fracturas; el autor habla de cuatro. La idea kantiana referente a una estructura inherente a todos los seres humanos de todas las épocas que impondría límites al conocimiento será cuestionado por pensadores como Georg Hamman y Johann Herder, entre otros, en el sentido de señalar la intención de universalizar los valores e intereses de una época, de una cultura, a la totalidad de la

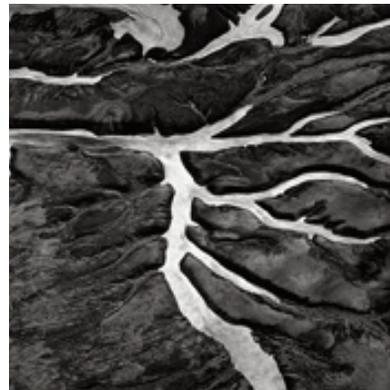


humanidad. En otras palabras, se introduce el concepto de relatividad del conocimiento y de las culturas. Pero esta noción de relatividad se la puede abordar desde el espacio de la geopolítica: analizarla como una cuestión de escalas. Y para Gallardo, el Gulliver de Swift es un gran maestro de quien se puede aprender que una cosa es grande o pequeña con respecto a otra sólo en tanto hay una *relación* de por medio, la cual no es reducible a sus términos: “en un sistema de relatividad no hay relaciones sino presupuestos. Por ello las distinciones que se establecen dan cuenta de un ideal, nunca de la diferencia que escapa a cualquier regla de juicio”.

Muy relacionado con lo anterior está el segundo punto de quiebra que realiza Nietzsche mediante su crítica a la noción de verdad: la coloca en el terreno de las relaciones (lo “verdadero” y lo “falso” no refiere a lo “en sí” de los seres sino a las relaciones entre ellos), y, en este sentido, fuera del ámbito de la epistemología. El nexo entre verdad y pensamiento queda roto junto con la pretensión de un “mundo verdadero” cerrado y autosuficiente.

La tercera ruptura tiene que ver con el espacio técnico. La rapidez con que a partir del siglo XX avanza la lógica de dicho espacio, que es la recomposición infinita, supera

La atención se centra en el camino como movimiento, como migración, como aprendizaje, como articulación: como transformación.



a la propia lógica del progreso de la modernidad: la distinción representación-realidad deja de ser relevante pues “se intensifica la representación, todo deviene representación, entonces, la tensión desde la que lo real era representado se rompe”.

La última ruptura aborda una de las grandes falacias que justifica la idea de democracia como el único sistema que permitiría el desarrollo adecuado de la modernidad. Se parte de dos premisas: 1) la modernidad está incompleta, y 2) la democracia es un sistema perfectible. El cumplimiento de estos dos presupuestos, de esta simbiosis, como el autor muestra, se puede fugar al infinito, poniéndolos en un perpetuo aplazamiento, minando de principio la exigencia de hacer del *ideal* democrático algo actual. La democracia es entonces conceptualizada desde su aspecto negativo: desde el plano gubernamental se establecerá este sistema como una suma de carencias que podrán irse supliendo progresivamente. De esta manera, incluso al interior del propio discurso de buena parte de los analistas políticos, se juzga la imperfección de este sistema de gobierno o desde la perspectiva de la democracia tal como era concebida por los liberales decimonónicos o como una suerte de meta que se encontraría al final o, tal vez sería

mejor decir, al par del cumplimiento del proyecto de la modernidad. En ambos casos lo que se pierde de vista es la posibilidad de juzgarla desde su propio presente, desde su propia actualidad entendida no como un índice temporal sino como “una superficie de aparición espacial”, que permitiría romper esa “gran redundancia” en la que se ha convertido el discurso liberal democrático, pero, asimismo, juzgar —e intentar intervenir— a dicho sistema no en función de lo que falta sino de lo que en efecto hay, es decir, no en función de lo virtual sino de lo actual. “Si un sistema político se mide, no por lo que deja de hacer sino por lo que hace efectivamente, es necesario enderezar un pensamiento de resistencia que escape a las formas contractuales liberales y a la lógica positivista de los consensos. Se requiere una lógica de las formaciones de dominio”.

Una de las últimas imágenes que nos regala el autor de este ensayo nos coloca delante de una pantalla, mirando la película de Herzog: *También los enanos comenzaron desde abajo*. La locura del mundo de los enanos retratado por este cineasta mostraría que no hay relaciones “normales”. La ruptura de las relaciones articuladas por el poder no necesariamente lleva a la consolidación de otro orden u otro tipo

de relaciones si, dentro del espacio en donde acontece la revuelta, se limita a la destrucción sin mayores intenciones ni sentido, si no logra conectar con el afuera de los poderes establecidos: “El mundo parejo, homogéneo, nunca ha sido el sueño del control, sino alcanzar un poder sin afuera, sin relaciones”.

En algún lugar de su ensayo Salvador Gallardo dice que los mejores libros de viajes son aquéllos que combinan la prosa del registro, propia del sedentario, con las notas y los fragmentos, del nómada. En *Sobre la tierra no hay medida* hay ciertamente la combinación de ambos estilos, y hay sobre todo una apuesta por una escritura que avanza a diferentes velocidades y desde distintos estratos, generando resonancias más que hilos conductuales, dibujando líneas que a veces se tocan sin llegar a formar un dibujo completo. Por eso, a la pregunta y al reto que se hace el propio autor: “¿Estás dispuesto a vivir de fragmentos y a no narrarlos como totalidades?”, se podría agregar, dirigiéndose al lector: ¿Estás dispuesto a leer en fragmentos y a no tratar de organizarlos como totalidades? [1]

Salvador Gallardo Cabrera, *Sobre la tierra no hay medida*, Umbral, México, 2008, 167 pp.

La narración del ensayo avanza de forma discontinua, como bordeando una especie de límite imaginario.